

—Sí, usted... señor desmemoriado, usted.

—Va usted á volverme loco.

—No, sinó muy cuerdo.

—¿Con que yo tengo parte?...

—En la historia de Eloísa y de doña Estefanía.

—¡Pero criatura! exclamó Zubieta, cambiando de tono, si en mi vida he...

Lola comenzó á reírse alegremente, mientras Zubieta recorría con violencia en su memoria la historia de su vida pasada, y en vano procuraba atar, no sabemos cuántos, diversos hilos rotos á las palabras misteriosas de Lola.

Eran las siete de la noche, hora en que el marido de Lola entraba á su casa.

La sonora campanilla del reloj de la sala, anunció á nuestros dos personajes que allí debía terminar su conversación, ni más ni menos que si se tratara de cerrar un capítulo.

El marido de Lola dió las buenas noches.



### CAPÍTULO III.

#### EL CHOCOLATE DE DON MANUEL.

**EL** señor Zubieta estaba altamente preocupado, sin poder comprender qué parte era la que podía tener en la historia de Eloísa, al paso que Lola parecía estar gozando con el suplicio de Zubieta.

Pero don Manuel que no estaba en autos, ni podía participar de la perplejidad de Zubieta, ni de la travesura de Lola, no pudo menos que sorprenderse al notar que algo pasaba ó había estado pasando durante su ausencia.

Don Manuel no era hombre que se detuviera en minuciosidades, ni mucho menos que intencionalmente estudiara lo que á su derredor pasara en su casa; pero esta vez la cara de Zubieta revelaba, aún para el observador menos sagaz, que había detrás de un disimulo desusado, algo que Zubieta pretendía ocultar.

La risa deja en la fisonomía no sé qué huellas misteriosas, y hace el mismo efecto en ciertos semblantes que esos aguaceritos de verano, que, sin empaparlas, hacen aparecer después mas frescas y mas ricas en color las flores, y mas verdes las hojas de los campos.

En la cara de Lola no había acabado de desaparecer la alegría.

—Qué alegre está *ésta*, pensó para sí don Manuel.

Y luego viendo á Zubieta agregó siempre para sí.

—Y qué preocupado está *éste*.

Y entonces fué don Manuel quien comenzó á preocuparse.

Le ocurrió en aquel momento que aquello que él notaba por primera vez, acaso había pasado ya otras muchas, sin que él se hubiera tomado la pena de notarlo, y sin poderlo evitar, don Manuel se concentró.

Lola tenía una imaginación muy viva.

—Mi marido no venía triste, pensó Lola, pero de repente se ha puesto meditabundo: yo no puedo atribuirlo á otra cosa, sinó á que este candoroso de Zubieta está hecho un simple con motivo de la historia de Eloísa, ¡qué torpeza de Zubieta!

Después de un largo rato de silencio, dijo don Manuel dirigiéndose á Zubieta.

—¡Y qué milagro!

—¿Milagro? repitió Zubieta maquinalmente, milagro decía usted ¿de qué?

—Hoy no es jueves ni domingo.

—No; efectivamente, hoy es....

—Hoy es martes.

—¡Ah, sí! dijo Zubieta ¿lo dice usted por que sólo nos vemos los jueves y los domingos? ah, sí; pero es el caso que.... como.... ahora verá usted.... salí de casa y dije, hoy

es.... hoy es martes: el miércoles tengo que dar unos días, y el jueves, ¡ah! el jueves no puedo venir porque tengo una junta: y dije, pues vamos en casa de don Manuel y le anticiparé la visita del jueves, porque de otro modo, nos dejaremos de ver toda la semana.

—¡Ah! exclamó don Manuel! acentuando este ¡ah! más de lo que convenía á una exclamación del orden común.

Zubieta dijo para sí.—Creo que me ha conocido que miento; y no bien hubo pensado esto, cuando se encontró con la mirada de don Manuel y sintió que la sangre se le subía á la cabeza.

Lola fingió no ver lo que estaba pasando.

—¿Y qué tal el comercio? exclamó inopinadamente Zubieta.

—Así, así; contestó don Manuel.

Trajéronle á don Manuel el chocolate.

Éste era una de las cosas que hacía don Manuel, que daba envidia verlo.

Una criada, Romana, que llevaba siete

años de servir en la casa, era la que traía el chocolate todas las tardes.

En primer lugar, traía una mesita de *papier maché* con incrustaciones de concha, y la ponía frente á don Manuel; luego extendía sobre ella una azulosa servilleta de alemánisco, colocaba enseguida un platón con bizcochos, después un botellón con agua filtrada y un vaso de cristal, y por último un pozuelo dorado rebosando aromático, caliente y espumoso chocolate.

D. Manuel, siguiendo una antigua costumbre de su casa paterna, bendecía el chocolate antes de catarlo; circunstancia que acababa de condimentar aquella bebida española, que una vez con la bendición, queda exenta de las asechanzas del demonio y hasta con propiedades de sanidad y digestivas, que no hay más que pedir.

D. Manuel bebía un trago de agua antes de probar el chocolate, como para que el paladar se preparase á su regalo cotidiano: después elegía el buen señor, entre el surtido platón, el bizcocho mas apetitoso, y

en esta especie de refinamiento gastronómico, conocía Lola por lo general el estado normal de su marido.

Cuando don Manuel llegaba á las siete de la noche restregándose las manos y pidiendo *su chocolate*, era señal de que el horizonte estaba totalmente despejado; y entonces D. Manuel al verse enfrente de su platón de bizcochos, manifestaba una alegría y una satisfacción tales, que daba una idea exacta del hombre verdaderamente feliz.

Entonces, con una mirada digna de un muchacho glotón, devoraba aquel pequeño cerro de bizcochitos, y ya elegía un *bizcochito de á cinco* de la calle de Tacuba, para cerciorarse de si eran calientes y de si olían bien á mantequilla; ya tocaba las *pechuguitas de huevo* y las olía para saber si eran de la hornada de la tarde ó de la mañana: veía los *huesitos de manteca* y sentía hacersele agua la boca, al contemplarlos dorados, calientes y quebradizos al menor contacto, circunstancia recomendabilísima en materia de huesitos.

Después de este prolijo reconocimiento, dividía en cuatro rebanadas largas un *grageado*, partía en tres un *boyito de á cinco* y colocaba aquellas siete raciones, que eran los candidatos de las siete primeras sopas.

Llegaba Romana; y don Manuel era entonces cuando solía sonreírse con su criada, y cuando solía manifestarle sus esplendideces y sus liberalidades; y era entonces también cuando Romana recibía el agasajo del amo y la recompensa de sus siete años de hacerle el chocolate á don Manuel con sus propias manos.

—Vé al cajón, Romana, y pídele á don Rodrigo, de mi parte, un corte de enaguas de merino de todo tu gusto: que te enseñe los cortes nuevos, ¿lo oyes? ya viene por ahí el día de Corpus.

Romana se tapaba la boca, como para que don Manuel no la viese sus blancos dientes, que en aquellos momentos estaban encargados de hacer brillar todo el regocijo de Romana, quien veía á su ama y se ruborizaba, costándole mucho trabajo murmurar

un «muchas gracias» torciéndose toda y no pudiendo menos que correr hasta la cocina para hacer estallar cerca del bracero toda su alegría.

El chocolate de don Manuel se sazónaba entonces completamente y hasta era común que en tal caso le dijese á su mujer.

—El martes llega la carga y el miércoles ya puedes ir á elegir tu vestido; vienen unos groses franceses, riquísimos: y no son más que cuatro cortes: no he querido decirlo hasta que tú elijas uno: los otros tres, se los mandaré al señor Barrón.

Esta era otra sopa de chocolate que don Manuel tenía ocasión de saborear, junto con la satisfacción de verle brillar los ojos á Lola ébria de felicidad y hasta de amor.

Tan solemne así llegaba á ser el chocolate de don Manuel y tan importante era siempre aquel acto, que si á tomar chocolate en la propia mesita invitaba á un amigo, podía asegurarse que aquel amigo era predilecto; si don Manuel tenía algún ligero disgusto, lo olvidaba ante los bizcochos; si estaba

alegre, pasaba de la alegría al mas dulce bienestar ante el chocolate; pero si, ante los boyitos y el caracas, don Manuel estaba grave y reservado, entonces había que temer que por el horizonte asomaban nubes preñadas de horror que presagiaban una catástrofe.

De manera que Lola, aunque había conocido ya que su marido estaba preocupado, no quiso medir el nublado antes de la aparición del chocolate; y sólo cuando éste llegó, fué cuando Lola empezó á temer que algo serio estuviera sucediendo, y fué hasta entonces cuando las huellas que la hilaridad había dejado en su fresco rostro, fueron desapareciendo, como las gotas de rocío de una flor que se orea al calor del sol.

D. Manuel estuvo reservado; y lo primero que le ocurrió fué esto:

—Esta noche no salgo.

Zubieta por su parte hizo todos los esfuerzos posibles por mostrarse como si tal cosa, y pretendiendo hacer uso de toda la diplomacia de que se creía capaz, se tornó

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MONTERREY, N.M.

36226

en locuaz y decidor contra su costumbre, y tanto hizo, que don Manuel no pudo menos que decir para su capote:

—Qué comunicativo se encuentra *éste*.

Y Lola que, como hemos dicho antes, era suspicaz, pensaba que Zubieta estaba empleando esfuerzos inútiles, supuesto que no se trataba allí de ocultar nada reprobado, y en todo caso no había en aquello más que la insignificante contrariedad de dejar pendiente una conversación indiferente y pueril.

Zubieta hubo de agotar al fin la materia disponible para la charla, y quemó en ella hasta su último cartucho; después de lo cual se rindió á discreción, ó lo que es lo mismo, al silencio que reinó después de su última palabra.

D. Manuel y Lola habían permanecido callados.

Zubieta recurrió al conocido remedio de consultar la hora; vió su reloj y dijo:

—Las nueve y media: ¡cómo se ha pasado el tiempo!

Y en seguida se levantó de su asiento, prolongó lo más que pudo los preparativos de su marcha, abrochándose la levita, estirándose el chaleco, viendo, al través de la vidriera, si llovía, fingiendo que le había llamado la atención un objeto cualquiera de la mesa; todo esto en medio del mas profundo silencio, durante el cual, don Manuel y Lola estaban contemplando á Zubieta, y pensando que decididamente Zubieta tenía algo que no era natural, y que aquella noche en todos sus movimientos había revelado cierto embarazo extraño y sobre todo un disimulo que lo vendía á legua.

Por fin se despidió deseando poner término á aquella situación que él mismo no comprendía, pero que se hacía cada vez mas embarazosa.

Tenía, como un cómico que está de malas, la conciencia de que todo le estaba saliendo mal, y deseaba sólo que cayera el telón y olvidarlo todo.

Zubieta pues, estaba literalmente como dicen los cómicos, fuera de caja.

Se despidió lo mas afectuosamente que pudo, más afectuosamente que otras veces, y acompañado por don Manuel, dió las buenas noches, salió de prisa y se dió un golpe en un brazo con un picaporte, y después le faltó el primer escalón de la escalera, y al llegar al último creyó estar en el anterior y dió una patada en plano, que resonó en toda la casa.

Semejante á esa desagradable sensación que se experimenta cuando damos un paso para bajar y no hay escalón, era lo que había estado sintiendo Zubieta toda la noche en la casa de don Manuel.

Cuando estuvo en la calle y á alguna distancia se paró.

—¡Pero qué diablos me sucede! exclamó ¿qué he tenido? ¿por qué me he desconcertado? creo haber hecho algunas barbaridades, y lo peor es que don Manuel me ha observado con una atención, que ya me estaba sacando de quicio.

Don Manuel se puso serio á poco rato de haber llegado, sí, y tan serio que se ha es-

tado callado por largo tiempo. No, y después de todo, esto es una desatención, al fin estaba yo en su casa, y por mi parte, creo no haber dado jamás motivo ¡qué digo! muy al contrario he sido tal vez muy caballero, sí señor, muy caballero, porque.... en fin, un marido que cada veinticuatro horas consagra solo dos á su mujer.... Una mujer.... una mujer como Lola, de atractivos, interesante; inteligente, ardiente.... y yo.... yo.... á pesar de conocer todo el mérito de Lola, á pesar de que.... me gusta, sí señor, porque Lola me gusta.... yo jamás me he atrevido.... ¡qué digo! ni mucho menos....

Recuerdo nada menos cierta temporada en que tuve que retirarme.... de modo que dije, en fin.... el trato continuo, y luego, como Lola estaba entonces tan interesante, hice el sacrificio y me retiré espontáneamente, teniendo hasta que mentir, si señor, mentir, porque pretesté ocupación y qué se yo cuantas cosas más.

¿Qué más se le puede pedir á un caba-

llero? si esto no es ser un buen amigo, si esto no es respetar la felicidad conyugal, si esto no es un sacrificio raro.... entonces ya para nada sirve la moral, ni la consecuencia, ni la amistad ni nada. No, y lo que es á mí.... si bien sé portarme como caballero, tambien cuando me toquen, cuando se trate de desconocerme, ¡ah! entonces yo tambien sé la manera de portarme, porque en fin, cada uno tiene su amor propio, y el hombre es bueno hasta que lo cansan.

Ya veremos, ya veremos.



#### CAPÍTULO IV.

—  
LO QUE PENSABA LOLA Y LO QUE  
PENSABA DON MANUEL.

**M**UCHO tiempo estuvo callado don Manuel, y á Lola le pareció prudente no darse por entendida de aquel extraño silencio.

Fingió Lola negocios; y en obsequio á la verdad debemos decir que por su parte lo hizo mil veces mejor que Zubieta, puesto que ni el mismo don Manuel, que, como hemos visto, estaba sobre la malicia, pudo